

## INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LOS DIMINUTIVOS DE CATULO

No sin acierto se señala como una de las características del vocabulario catuliano la profusión de las formas diminutivas, característica que le confiere gracia, expresividad y una medida igual de fuerte espontaneidad, tanto más significativa cuanto que, por esta última, la personalidad del poeta es figura destacada y singular en el círculo de los **poëtae novi** (1). Así se expresa, por ejemplo, Georges Lafaye en la **Introduction** a las **Poésies** de Catulo, publicadas por la Association Guillaume Budé, en el párrafo destinado a la lengua y al estilo del poeta: “. . . rien n’y est plus frappant que l’abondance des diminutifs destinés à exprimer, suivant le cas, la petitesse des choses ou la faiblesse ou l’élégance, ou encore tout ce qui fait naître la tendresse ou provoque le dédain.”

¿Qué actitud debemos asumir ante un hecho lingüístico de tal naturaleza, síntoma exterior de un clima espiritual individual? Una serie de estudios acerca de la moderna estilística nos aconsejan la adopción de una determinada actitud y nos señalan el camino por seguir. “Nuestra estilística. . . aspira —dice Amado Alonso— a una recreación estética, a subir por los hilos capilares de las formas idiomáticas más características hasta las vivencias estéticas originales que las determinaron.” Se aconsejan

---

(1) Este modo de estimar la obra de Catulo, como fruto de una individualidad estética que vive en sí y por sí, mucho más digna de tenerse presente que las relaciones superficiales del poeta con un grupo literario, ha sido recomendado por el profesor Manlio E. F. Lugaresi, en la *Revista de Estudios Clásicos*, tomo I: “La poesía lírica latina, los *poëtae novi*”.

seja, pues, aprehender el hecho estético individual mediante el estudio de las formas idiomáticas de uso personal. Si estas formas adquieren el valor de signos particulares, particulares son también sus correspondientes vivencias. Esta correspondencia se halla expresada en "el postulado de que a una excitación psíquica que se aparta de los hábitos normales de nuestra mente, corresponde también en el lenguaje un desvío del uso normal." (2).

Por consiguiente, el análisis y la interpretación de los diminutivos va más allá del dominio de lo puramente gramatical —**lógico y conceptual**—, y trata de captar lo específicamente estilístico —**psicológico e individual**—. Si atendiéramos sólo el aspecto lógico del lenguaje, del habla, aparecería éste despojado de sus elementos afectivos y volitivos, y nuestra vida interior no encontraría, a través del sistema lingüístico, la resonancia de su continua evolución. Cada uno de los valores de este sistema es un modo de "manifestarnos ante nosotros mismos y ante los demás", de expresar nuestra sensibilidad y de hacerse evidentes los requerimientos de nuestras urgencias vitales. Se puede formular lógicamente, simplemente designar una cosa, y, entonces, el análisis del contenido de la palabra se agotará en el dominio de lo conceptual; pero la vida nos enseña que jamás se expresa una idea en su absoluta simplicidad, desprovista de todo matiz afectivo, descubridor de una actitud subjetiva puesta en relación con esa idea. No hay desnudez lógica en las palabras. La contingencia, la inestabilidad del lenguaje, por ejemplo, se nos explica por su conexión con la vida interior del hablante, y porque vive muy próximo de la criatura que a diario se sirve de él (3).

## II. - La comprobación de la señalada particularidad del

---

(2) LEO SPITZER: "*La interpretación lingüística de las obras literarias*", en *Introducción a la Estilística Romance*, ed. por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Filología.

(3) J. VENDRYES: "*El lenguaje, Introducción lingüística a la Historia*", págs. 189 y sigs.

vocabulario de Catulo —comprobación ofrecida como ocasión de interpretación—, ha de ser el puente de comunicación con el clima espiritual del poeta. El diminutivo, pues, adquiere el valor de signo de una disposición subjetiva a cuyo término se da.

Encarado nuestro problema con esta entonación de dinámico querer asir lo que cristaliza en el fenómeno formal, se suscitan cuestiones que, por estar en íntima relación con lo espiritual del poeta, son tanto más apremiantes cuanto más seducitoras.

Es muy raro encontrar en poesía —pienso con preferencia en la obra de Catulo—, un diminutivo con valor conceptual, lógico, que nos sugiera abreviadamente la idea del objeto que mienta. Difícilmente se emplea para expresar la modesta extensión del objeto a que hace referencia, sino por necesidades de expresividad (4). La finalidad disminuidora queda casi siempre velada entre los hitos de la emotividad y se penetra de un contenido intencional, sólo evidente para quien indaga la situación real en que se hallan ubicados los personajes, o manifiesta un conocimiento de sus psicologías, de sus actitudes o estados anímicos. La función del diminutivo está condicionado por estos factores, y de ellos depende la actualización de su valor.

Autores hay, sin embargo, que niegan la función expresiva para ciertos diminutivos latinos. G. Bonfante al examinar los elementos populares de la lengua de Horacio, no encuentra, por ejemplo, en **auriculus** ni matiz afectivo, ni significación de empequeñecimiento. Ve tan sólo en el sufijo el equivalente, el sinónimo de **auris**, y, por otra parte, el indicio vulgar de la lengua horaciana. (5).

Aparece este diminutivo en el verso 20 de la sátira IX, L. I de Horacio:

---

(4) Para los distintos valores del sufijo, consúltese Amado Alonso: "Noción, emoción, acción y fantasía en los diminutivos", Ed. Universidad de Chile, 1937.

(5) G. BONFANTE: "Los elementos populares en la lengua de Horacio", en la Revista Emérita, Tomos IV y V; Madrid, 1936-37.

Dimitto **aurículas**, ut iniquae mentis asellus,  
Cum gravius dorso subiit onus. . .

Nos refiere el poeta su fastidio e incomodidad ante la presencia de un parlero, que insiste en hacerle compañía. Vanamente ensaya Horacio cuantos recursos están a su alcance para desprenderse del imprudente compañero. Alude, por ejemplo, a su intención de visitar un amigo enfermo, más allá del Tiber. Pretexto infeliz para quien desea seguirlo hasta el fin:

Nil habeo quod agam, et non sum piger: usque seguar te.

Ante el fracaso de la última tentativa, "dejé —nos dice Horacio— caer las orejas". Figuradamente, manifiesta así la idea de su resignación y entrega, pues el dejar caer las orejas es el síntoma exterior de un estado de debilitamiento y languidez, cuya contemplación nos arranca a menudo un sentimiento de ternura y compasión. Se aclara más el estado de ánimo del poeta cuando se compara con un borriquito que soporta pesada carga. ¡Cuántas veces la figura tranquila y resignada de un pollino con grave peso sobre su lomo, inspira un sentimiento de ternura y compasión! De igual manera, ante un Horacio que soporta el peso de una charla vacía y pedante, concluimos por reaccionar compasivamente.

La situación real que se establece, en este caso, entre el poeta y el parlero, nos ha servido para descubrir el valor emocional de **aurículas**. Cumple el sufijo, además de la función designativa, que podría lograrse también con **auris**, la de traslucir la circunstancial disposición anímica del poeta. Orelli que ha traducido el diminutivo en cuestión por **misellas meas aures**, ha podido entrever el mismo valor afectivo que le asignamos (6).

Horacio ofrece la misma expresión que se ha analizado, pe-

---

(6) Cf. Anales del Instituto de Literaturas Clásicas, T. I; ANTONIO A. DIAZ: "Versión métrica y comentario de la novena sátira del primer libro de Horacio", Universidad de Buenos Aires, 1939.

ro empleando, en lugar del sufijo, la forma bisilábica **auris**. Figura en la Oda XIII, Lib. II, vv. 33-36:

Quid mirum? ubi illis carminibus stupens  
dimittit atras bellua centiceps  
**ares**, et intorti capillis  
Eumenidum recreantur angues?

Los versos manifiestan el sojuzgamiento del can Cerbero y de las temibles cabelleras de las Eumenides por "aquellos" cantos de Safo y Alceo. Mas los hechos que el poeta veronés refiere suceden en un allá lejano, al cual alude el demostrativo "illis", como un ademán temporal, y el adverbio "ubi", estableciendo la misma relación circunstancial. Pues bien, si esos efectos imaginativos de la lira eólica —el apaciguamiento y delectación de los animales— ocurren en un tiempo remoto, pretérito, ha de admitirse que el poeta no pasa de la actitud de comprobación y evocación. La expresión **dimittit aures** revela aquel poder que vuelve dócil a la indómita fiera, pero no nos dice nada de la dominante emocional del escritor.

Horacio, indudablemente, ha tenido conciencia de las dos formas, **auris** y **auriculus**, pero sólo su especial tensión lo decide a elegir el sufijo en aquel pasaje de la sátira.

En cambio, en la Oda, donde se muestra con un estilo más elevado, Horacio manifiesta su identificación emocional con los valores artísticos de sus confesados maestros, identificación y resonancia que explica el empleo del presente "dimittit y recreantur", en lugar del pretérito (7).

Por otra parte, el mismo Bonfante afirma con acierto que los elementos populares se introducen preferentemente en las sátiras y epístolas de Horacio, en los "sermones", según la denominación del autor. La comprobación de este hecho le lleva a agrupar y dividir las obras en un orden de creciente vulgarismo.

---

(7) KARL VOSSLER: "Filosofía del Lenguaje", ed. Losada, S. A., Bs. Aires, pág. 196 ss.

En el primer término de la escala, en el extremo caracterizado por una lengua elevada y noble, figuran sus odas, y, en el opuesto, sus epístolas y sátiras, de una lengua más popular y vulgar, mientras los epodos constituyen el término intermedio y conciliatorio de esas dos características. El poeta prefiere para sus "sermones", que representan, por el tono en que están escritas y por los argumentos y los hechos referidos, el modelo insuperable de lo que es natural, cotidiano y simple, es decir, aquellos elementos que mantienen una más inmediata relación con la vida, y, por consiguiente, más penetrados de expresividad y afectividad.

Considerando el problema del diminutivo **auriculus**, hemos comprobado su empleo en tres sátiras y una epístola (sátiras: II, 5, v. 33; I, 9, v. 20; I, 9, v. 77 - epístolas: I, 8, v. 16), es decir, en las composiciones que nos ofrecen el "modelo insuperable de lo que es natural, cotidiano y simple", que como simple, cotidiano y natural, es espontáneo.

Creemos haber llegado por este nuevo camino a la conclusión de que **auriculus** no es el equivalente absoluto de **auris**.

Otro autor, ubicado en las primeras páginas de la historia de la literatura latina, el cómico Plauto, sufre también la penetración de una lengua vulgar y popular, y da una prueba aún más decisiva de la profusión de las formas diminutivas. En sus comedias, aquí y allí, sus preferencias se concretan en la elección del sufijo, aunque muchos son el efecto del vulgarismo del autor. En "Asinaria", la Comedia de los asnos, Argyrippus necesita de cierta suma de dinero para lograr de una celestina los amores de Philenia. Los amantes, sabedores del éxito de una aventura emprendida por Libanus y Leonides, y por la cual resulta vacía la bolsa de un comerciante, tratan de conseguir el dinero que los separa. Así se dirige Philenia a Leonides:

Da, meus **ocellus**, mea rosa, mi anime, mea voluptas.  
Leonida, argentum mihi; ne nos diunge amanti. (8)

---

(8) PLAUTO: *Asinaria* III, 3; vv. 664 - 665.

Pero el esclavo, que sin recompensa no quiere cederlo, le contesta:

Dic igitur me tuum passerculum, gallinam, coturnicem,  
Agnellum, haedillum me tuum dic esse, vel vitellum:  
Prehende auriculis, compara labella cum labellis. (9)

En el primer verso, **ocellus** es empleado cariñosamente y apunta a aquello que subjetivamente le afecta: el dinero, como medio para conquistar su alma, su dicha, su alegría. Es de notar que el diminutivo se refiere a Leonides, pero porque en él reside el desenlace feliz de sus amores. Etimológicamente, el sufijo significa "ojito", el máspreciado de los sentidos, y desde este plano, diremos, sensitivo, y sensitivo altamente valioso, se ha pasado a otro donde están ubicadas todas aquellas cosas que pueden ser apetecidas y deseadas. El diminutivo cumple, pues, una función afectiva, que no posterga su valor activo de ablandar la voluntad del oyente. Los sufijos de los versos 666 - 668 son empleados, quizás, como recursos técnicos. Obras confiriendo al pasaje las características del género. Producen efectos cómicos, aunque, en el último verso, merced a los tres diminutivos (especialmente **labella, labellis**), es fácil entrever un matiz picaresco, que no alcanzaríamos aprehender si figurara **labra**.

El examen de otras formas del vocabulario plautino ofrece otros valores del diminutivo. En "Epidicus", el protagonista de la obra se dirige de este modo a Telestis, joven presa del usurero:

Non meministi me auream ad te afferre natali die  
**lunulam** atque **anellum aureolum** indigitum? (10).

**Lunulam**, usado para significar una pequeña media luna a modo de amuleto, ha perdido su valor conceptual de referencia a un

---

(9) PLAUTO, *Asinaria* III, 3; vv. 666 - 668.

(10) PLAUTO, *Epidicus*, Acto V, Escena I, vv. 639 - 640.

objeto pequeño, y, por otra parte, su empleo no tiene una propia explicación psicológica. Expresa, dice George E. Duckwoth, "a half moon" una luneta que los niños romanos pendían de su cuello, para protegerse del "fascinum" (hechizo) o del "malus oculus", ya como medio de identificación. Figuraba, con esos dos fines, entre los "crepundia" (juguetes) del niño (11). Indudablemente, **lunulam** se refiere a un objeto pequeño; sin embargo, lo que mienta no es su dimensión, sino una clase especial de objeto. Como "manzana" y "manzanilla", **luna** y **lunula** expresan dos cosas completamente distintas.

Con respecto a **anellum aureolum**, la interpretación es otra. Son dos diminutivos que fuerzan la imaginación de Telestis, destacan un hecho de su niñez (el obsequio del anillo), que la identificará. Epidicus pone una cierta mora en la mención del objeto, para destacar su existencia. Por tanto, no hay tensión afectuosa entre hablante y objeto referido; en cambio, sí hay la insistencia, lograda con la representación del objeto, sobre una realidad efectiva. A ésta se la piensa, pero representacionalmente.

La explicación de G. E. Duckwoth acerca de estos dos diminutivos, no supera el dominio meramente gramatical, pues se desentiende de considerar la actividad espiritual que entrañan esas formas. Nos dice que el adjetivo sigue generalmente al sustantivo (**aureolum** a **anellum**), cuando ambos refuerzan su cuerpo mediante la terminación diminutiva; es decir, nos informa de una relación de dos palabras en sí mismas consideradas, mientras se prescinde de su lado expresivo, esto es, de la aducción de sensibilidad que el poeta pone en **anellum aureolum**.

Trataremos de precisar aún más los valores de algunos diminutivos en Plauto, mencionando el examen de cierto pasaje de la comedia "Rudens". El profesor Dr. Juan Corominas, en un estudio etimológico, nos ofrece este cuadro de "colorido típicamente familiar" de la obra:

---

(11) GEORGE E. DUCKWOTH, *T. Macci Plauti Epidicus*, ed. with critical Apparatus and Commentary, Princeton University Press, pág. 383.



—Quid dare velis qui istaec tibi investiget indicetque? Elo-  
cuere propere celeriter.

—Nummos trecentos.

—Tricas.

—Quadringentos.

—Trama putidas.

—Quingentos.

—Cassam glandem.

—**Curculiunculos minutos** fabulare. (12)

En esta escena de regateo, "el proponente va aumentando sus ofertas a medida que su interlocutor se las rechaza comparán-  
dolas a objetos pequeñísimos y despreciables." (13).

**Curculiunculos** nos descubre la intención del hablante de rebajar despreciativamente la calidad de la oferta, pues "unos pequeños gorgitos" representan la mínima consideración de un valor. El adjetivo **minutos** se agrega al sustantivo, afirma el profesor Corominas, para expresar el tamaño de los animales, fuerza significativa ya perdida por el diminutivo.

Este valor disminuidor del sufijo aparece excepcionalmente en poesía, donde todo es sentimiento y representación. "Es muy raro, dice Amado Alonso, encomendar exclusivamente al diminutivo la idea de tamaño reducido." (14). Por tanto, si la pequeñez del objeto motiva el empleo del sufijo, hay que ver si tras de esa motivación se esconde una modificación subjetiva del hablante.

Sin embargo, en este verso de Plauto:

In **aediculam** istanc sorsum concludi volo, (15)

---

(12) En Anales del Instituto de Lingüística, Tomo I: "Nuevas etimologías españolas", Universidad N. de Cuyo, Mendoza, pág. 133.

(13) Ob. cit.

(14) AMADO ALONSO: "Noción, emoción, acción y fantasía en los diminutivos".

(15) G. E. DUCKWOTH, ob. cit., pág. 315.

**aediculam** cumple sólo el oficio significativo de referencia a una habitación pequeña, "small room", según la opinión de Duckwoth. El hablante, padre celoso de la educación de su hija, ordena a una cortesana, cuya conducta compromete a la de aquélla, se confine entre las cuatro paredes de una reducida habitación. Ésta integra sí la situación real, pero no suscita una consideración afectuosa. Sobre lo afectivo y la fantasía, existe sólo lo conceptual.

Lo que venimos afirmando nos obliga a considerar con las debidas reservas, aquella opinión de que los poetas latinos empleaban las terminaciones diminutivas por razones métricas. Son muy pocos los casos en que los sufijos responden a esa necesidad exterior de la poesía, pues, por lo general, la instancia última que, en cada caso, explica el empleo del diminutivo es, o lo pequeño, o lo afectivo y peyorativo, o el hecho práctico de la **captatio benevolentiae**.

III. - Intentemos captar el impulso, el rasgo de espiritualidad inmovilizado en el diminutivo **libellum** de la primera composición de Catulo:

Quoi dono lepidum novum **libellum**,  
Arida modo pumice expolitur? (16)

Tras la forma **libellum**, se adivina el íntimo regocijo del poeta de tener como logrado el fruto de su empeño; tanta es su complacencia por su nueva condición de propietario que lo poseído (el librito) se le aparece con todos los atributos de la preciosidad y fragilidad, —caracteres de algo gestado recientemente—, (**lepidum et novum**).

En el "Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines" de Daremberg y Saglio, se precisan las variadas significaciones de esta forma **libellus**. En muchos casos, su valor expresivo se ha perdido completamente; no obstante, se señala aquel de empe-

---

(16) Carm. I, vv. 1 - 2.

queñecimiento y valor conceptual, "petit volume, opuscule", sobre el cual Catulo reposa, sin duda, aquella mención de afectividad presente en la "individual" ocasión del parto de su ingenio.

Debemos indicar, además, la opinión de Ettore Stampini que niega la posibilidad de una interpretación afectiva o conceptual de la forma en cuestión. "Si tenga presente, nos dice, che **libellus** è il termine, direi anzi il termine tecnico, di cui i poeti latini si valsero, compreso Catullo, per indicare un libro di versi." (17). En verdad, Daremberg y Saglio, en el Diccionario mencionado, enumeran los valores técnicos de **libellus**, pero no agregan a la larga lista aquel por el cual aboga Stampini. Creemos, pues, que, en el caso de Catulo, **libellus** supone una especial entonación psicológica muy expresiva. Los adjetivos acompañantes **lepidum et novum** (Quoi dono lepidum novum libellum) contribuyen en revelárnosla.

En otros versos, el diminutivo es el signo de un matiz afectivo, de una tierna propensión anímica; es la forma en la cual el poeta efunde un sentimiento de ternura y, por otra parte, revelador de una suerte de amor que repugna a nuestro sentido moral. Así, por ejemplo:

**Mellitot** oculos tuos, Juventi,  
Si quis me sinat usque basiare, (18)

Surrupui tibi, dum ludis, **mellite** Juventi,  
**Suaviolum** dulci dulcius ambrosia. (19)

O qui **flosculus** es Juventiorum (20)

El acompañamiento afectivo-cariñoso es tan evidente, que no

---

(17) ETTORE STAMPINI, "Nel mondo latino, Studi di Letteratura e Filologia", Fratelli Bocca, Editori, Milano-Roma, 1921, nota de pág. 336.

(18) Carm. XLVIII, vv. 1 - 2.

(19) Carm. XCIX, vv. 1 - 2.

(20) Carm. XXIV, vv. 1 - 2.

**aediculam** cumple sólo el oficio significativo de referencia a una habitación pequeña, "small room", según la opinión de Duckwoth. El hablante, padre celoso de la educación de su hija, ordena a una cortesana, cuya conducta compromete a la de aquélla, se confine entre las cuatro paredes de una reducida habitación. Ésta integra sí la situación real, pero no suscita una consideración afectuosa. Sobre lo afectivo y la fantasía, existe sólo lo conceptual.

Lo que venimos afirmando nos obliga a considerar con las debidas reservas, aquella opinión de que los poetas latinos empleaban las terminaciones diminutivas por razones métricas. Son muy pocos los casos en que los sufijos responden a esa necesidad exterior de la poesía, pues, por lo general, la instancia última que, en cada caso, explica el empleo del diminutivo es, o lo pequeño, o lo afectivo y peyorativo, o el hecho práctico de la **captatio benevolentiae**.

III. - Intentemos captar el impulso, el rasgo de espiritualidad inmovilizado en el diminutivo **libellum** de la primera composición de Catulo:

Quoi dono lepidum novum **libellum**,  
Arida modo pumice expolitum? (16)

Tras la forma **libellum**, se adivina el íntimo regocijo del poeta de tener como logrado el fruto de su empeño; tanta es su complacencia por su nueva condición de propietario que lo poseído (el librito) se le aparece con todos los atributos de la preciosidad y fragilidad, —caracteres de algo gestado recientemente—, (**lepidum et novum**).

En el "Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines" de Daremberg y Saglio, se precisan las variadas significaciones de esta forma **libellus**. En muchos casos, su valor expresivo se ha perdido completamente; no obstante, se señala aquel de empe-

---

(16) Carm. I, vv. 1 - 2.

queñecimiento y valor conceptual. "petitum" y "libellus" son términos que se refieren al objeto sobre el cual Catulo reposa, sin duda, a que el poeta se refiere a la "libellus" que se encuentra presente en la "individua" de la "libellus".

Debemos indicar, además, la op. cit. de Stampini (17) que niega la posibilidad de una interpretación de "libellus" de la forma en cuestión. "Si tenga presente que 'libellus' è il termine, direi anzi il termine tecnico, che si usa per indicare, se si valsero, compreso Catullo, per un tipo di libello. En verdad, Daremberg y Saglio, en el libro mencionado, enumeran los valores técnicos de libellus, pero en una larga lista aquel por el cual aboga Stampini, como en el caso de Catulo, libellus supone un tipo de libello cológica muy expresiva. Los adjetivos que acompañan a libellum et novum (Quoi dono lepidum novum libellum) son velárnosla.

En otros versos, el diminutivo es el que expresa el sentimiento de una tierna propensión amorosa, es la que el poeta efunde un sentimiento de ternura, y el que el poeta velador de una suerte de amor que repugna a la moral. Así, por ejemplo:

Mellitos oculos tuos, Juventi,  
Si quis me sinat usque basiare, (18)

Surrupui tibi, dum ludis, mellite Juventi,  
Suaviolum dulci dulcius ambrosia (19)

O qui flosculus es Juventiorum (20)

El acompañamiento afectivo-cariñoso es tan evidente, que...

(17) ETTORE STAMPINI, "Nel mondo latino, Studi di Letteratura e Filologia", Fratelli Bocca, Editori, Milano-Roma, 1921, nota de pág. 336.

(18) Carm. XLVIII, vv. 1 - 2.

(19) Carm. XCIX, vv. 1 - 2.

(20) Carm. XXIV, vv. 1 - 2.

puede creerse en una desvalorización de los sufijos. Un sentimiento muy vivo busca su desahogo y contagia su modo verbal de expresarse. La invocación (Juventi, **mellite** Juventi, etc.), la partícula interjectiva "o" del último verso y, por fin, los diminutivos nos revelan esa vivencia.

El mencionado **mellitus**, vocablo familiar originado por una impresión de los sentidos, expresa una dulce y agradable ternura, ya sea aplicado a personas (**mellite** Juventi), ya a animales, como por ejemplo, el gorrión, delicia de su Lesbia (Carm. III, 6: Nam mellitus erat...). Este animalito, muy relacionado a los afectos de Lesbia, provoca en el poeta una manifestación cariñosa o una sentida queja de compasión. Es, mientras vive, el pequeño solaz y alivio de su niña en los momentos de ocio (Carm. II, 7: Ut solaciolum sui doloris), y, a su muerte, motivo de conmiseración y duelo:

O factum male! O **miselle** passer,  
Tua nunc opera, meae puellae  
Flendo **turgiduli** rubent **ocelli!** (21)

Dolor que hace suyo por los efectos que la desaparición del pájaro causa en el ánimo de su amada. Nueva circunstancia para la exteriorización afectiva en dos diminutivos (**ocelli turgiduli**), pues frente a una Lesbia desfalleciente y compungida, el poeta se presenta con sentimientos acordes.

Otras veces, la amistad resentida lo sume en honda lamentación:

Alphene immemor atque unanimis false sodalibus,  
Jam te nil miseret, dure, tui dulcis **amiculi;** (22)

Si bien Wölfflin interpreta el diminutivo **amiculus** como "querido amigo", en esta expresión de Catulo **dulcis amiculi** quizá el su-

---

(21) Carm. II, vv. 16 - 18.

(22) Carm. XXX, 1 - 2.

fijo ha perdido ya, por una mecanización de su uso, su valor afectivo, pues de otro modo no se explicaría el adjetivo **dulcis**, que introduce la cualidad de "querido, dulce" perteneciente en su origen a **amiculus**. El diminutivo sufre, por su frecuente uso, la desvalorización de su contenido, la pérdida de su función transmisora de un afecto; corre la misma suerte que las expresiones de cortesía, el saludo, por ejemplo, que con el tiempo se convierten en fórmulas deshumanizadas, desprovistas de toda resonancia afectiva. Así como un afecto (la intención de rebajar despreciativamente la oferta con el **curculiunculos** del personaje plautino) predomina sobre la referencia a lo pequeño (pequeño gorgojo), ese mismo afecto puede fosilizarse de tal suerte que el diminutivo se convierte en sinónimo del primitivo (23).

En el primer momento de esa evolución encontramos un ejemplo evidente en la obra máxima de R. Güiraldes. Antes de unir su vida a la del viejo resero, el protagonista se entretenía con la quietud de la pesca. Los resultados y productos de ésta, eran pobres e insignificantes, como nos lo revelan sus propias palabras:

"Ahí tiene, don Pedro, dije mostrando mi sarta de **bagresitos**."

Se percibe con nitidez la intención del hablante de reducir, no ya despreciativamente como el **curculiunculos** de Plauto, sino compasivamente el valor de la pesca. Con **bagresitos**, se apunta un hecho de sensibilidad, mientras su referencia disminuidora queda relegada a un plano secundario. En otros autores latinos, este último valor significativo del sufijo sufre la misma suerte de relegación, de tal manera que J. César, verbigracia, debió echar mano de otra forma (**parvulam**) para expresar lo pequeño,

---

(23) Sobre la desvalorización de las formas diminutivas, véase la obra de Johann Baptist Hofmann "El Latín familiar". Tuve ocasión de consultarla por gentileza del Prof. Dr. Juan Corominas, autor de una versión castellana y notas, aún inédita.

pues el diminutivo (**naviculam**) se impone con predominio del matiz afectivo. Sea el ejemplo.

"... , **naviculam parvulam** conscendit cum paucis suis; ibi ab Achilla et Septimio interficitur," (24)

donde el historiador refiere el momento en que Pompeyo, ya perdido, se embarca, antes de ser ultimado, en un pequeño y misero navichuelo. A través de **naviculam**, el escritor deja entrever el sentimiento que le provocó la suerte de su propio enemigo.

— Sigamos los ejemplos de Catulo. El Carmen XII, pasa del tono recriminatorio, suscitado por la conducta de Asinio<sup>14</sup>, oscuro personaje y sagaz en apropiarse de lo ajeno, al amistoso-cariño. Este Asinio le ha substraído unos pañuelos que Verannio y Fabullo le regalaron, presentes que el poeta insiste celosamente en conservar:

Nam sudaria Saetaba ex Hiberis  
Miserunt mihi muneri Fabullus  
Et Verannius. Haec amem necesse est  
Ut **Veranniolum** meum et Fabullum.

La referencia a una misma persona indica, en el primer caso, la procedencia de los "sudaria" y, en el segundo, la decisión del poeta de conservar la amistad del amigo. **Verannius** es una mera designación, cumple pasivamente su función de señalar algo. **Veranniolum** une a ese valor lógico matices de marcada procedencia afectiva.

Puede también el diminutivo referirse a lo pequeño, pero a lo pequeño como clase; especial referencia que supone una categorización y valorización del objeto, es decir, una actitud, intelectual de referencia a un determinado círculo de cosas. Mencionando y condenando las deshonestas inclinaciones de Mamurra y César, Catulo nos dice que fueron:

---

(24) De Bello Civili, III, 104.



Rivales socii **puellularum**. (25)

Socios rivales de "jovencitas", no de "unas", sino de "cuantas" se aficionaban a los placeres de una vida en demasía licenciosa. El término **puellularum** tiene un valor genérico, funciona resumiendo los elementos característicos de un rango. Obra en favor de esta interpretación el sentido exacto de lo que posiblemente quiso expresar Catulo, pues creemos que **puellularum** incluye no sólo a las ya habituadas a un ambiente deshonesto, sino también a todas las que en él pueden caer. Todas ellas, las oponentes actuales y futuras de César y Mamurra, quedan comprendidas en el término, pues el sufijo adquiere, en este uso especial, el valor de una forma expresiva de un rango, de una clase (26).

En muchas ocasiones la consideración afectiva o significativa del sufijo no es suficiente. Puede, con la afectiva, cruzarse una representacional, como en el caso del **villula** de la siguiente composición:

Furi, **villula** nostra non ad Austri  
Flatus opposita est, nec ad Favoni,  
Nec saevi Boreae, aut Apeliotae,  
Verum ad millia quindecim et ducentos.  
O ventum horribilem atque pestilentem! (27)

Ante las eventualidades de la hipoteca, Catulo no ceja en

---

(25) Carm. LVII, 9.

(26) En el año 1535, Juan de Valdés escribe al Cardenal Ercole las siguientes líneas: "Es un pecado que no sea señora de todo el mundo, aunque creo que Dios Nuestro Señor lo ha dispuesto así para que también nosotros, los *pobrecillos*, podamos gozar de su divina conversación y gentil trato, que en ella no son inferiores a la belleza". Resulta evidente que tras la forma diminutiva se esconde la intención de reducir en un determinado círculo a todos aquellos que "gozaban de su divina conversación y gentil trato" de la dama en cuestión. Vemos, por lo tanto, que nuestros diminutivos, como los latinos, pueden alcanzar un valor categorial, mientras la mención afectiva es escasa.

(27) Carm. XXVII.

considerar las condiciones de resguardo que ofrece su casa de campo de Tibur, y en detenerse en lo que ella tiene de valioso. No le basta sentirla cerca de su sensibilidad, tanto más cara cuanto existe el peligro de perderla, sino que se complace en evocarla, no en su forma material de construcción, sino en sus condiciones y excelencias. Más allá de la simple designación, la emoción acude como una fuerza, que demanda del poeta la intervención de la fantasía, la representación de aquello que le afecta. La representación supone un especial estado emotivo, una peculiar disposición del poeta. Tal es el caso señalado del **onellum aureolum**.

Los versos siguientes, de intensa afectividad y de cierto mimoso jugueteo, cantan a Lesbia y a su gorrión (passer), el dulce solaz de su ama y el lenitivo de su ardoroso apasionamiento, y expresan el deseo del poeta de entregarse a los mismos entretenimientos: "Tecum ludere, sicut ipsa, possem, / et tristis animi levare curas". Destaca, sin excluir de su vocabulario los términos más efusivos, cuán extrema e íntima sería su satisfacción si pudiera acercar a sus afectos al animalito. La obtención de este deseo le resultaría tan grato como lo fué, para Atalanta (puella permix), la posesión de la manzana de oro. He aquí el motivo mitológico, que merece ser recordado para explicarnos el uso de la comparación. El poeta se sirve de ella para encarecer y exaltar su deseo, antes que para introducir la nota de erudición, tan frecuentada y característica de los poetas contemporáneos y de otras composiciones de Catulo. La intención, consciente o inconsciente, que parece insinuarse en su ánimo, es la de presentar el cuadro ~~caso pictórico~~, de aquel motivo de la mitología griega, la de incitar la imaginación del lector en procura de su momentánea detención, detenerla y enfocarla hacia esa "fingida" realidad.

Passer, deliciae meae puellae,  
Quicum ludere, quem in sinu tenere,  
Quoi primum digitum dare adpetenti,  
Et acris solet incitare morsus:

Quum desiderio meo nitenti  
Carum nescio quid lubet jocari,  
(Ut solaciolum sui doloris:  
Credo, ut tum gravis acquiescat ardor),  
Tecum ludere, sicut ipsa, possem,  
El tristis animi levare curas;  
Tam gratum mihi, quam ferunt puellae  
Permici **aureolum** fuisse **malum**,  
Quod zonam soluit diu ligatam. (28)

En **malum aureolum**, la cualidad superlativa de "amarillo" no es el término de la intención del poeta, en cuanto referencia lógica y conceptual, pues el diminutivo obra despertándonos el sentido imaginativo, poniendo ante nuestros ojos interiores la realidad de un hecho, la existencia de un motivo del mundo mitológico. Si decimos "comí una manzana madurita", consignamos no un grado de superlativa madurez, como el **aureolum** de Catulo no apunta a una máxima intensidad de "amarillo": en el primer caso, se mienta la complacencia en el sabor y gusto de la fruta; en el segundo, nos exige una detención imaginativa, una representación del objeto mentado.

IV. - Esta nueva relación de los valores del diminutivo no alcanzaría asir el clima espiritual del hablante o del escritor cuando se manifiesta, por ejemplo, con el **adiosito** o con el **permisito** de la campaña argentina. Hay ciertos sufijos que escapan a las interpretaciones significativas, afectivas y representacional. Leo Spitzer trae para estos diminutivos, alcanzados con la denominación hoy superada de "abusos del diminutivo", una nueva explicación, apoyándose en el estado de ánimo del hablante. Todos ellos obedecen a un estado de ánimo, al temple expresivo del hablante o del escritor (29). Mas del cuadro de estos

~~28~~  
(28) Garm. II, b.

(29) AMADO ALONSO, *ob. cit.*

**diminutivos de frase** —Satzdiminutiva—, así denominados por Spitzer, A. Alonso escoge aquellos que le ofrecen el testimonio de la función vitalista y pragmatista del lenguaje (30). Muchas formas diminutivas no se explican por el estado de ánimo, sino por la intención activa y práctica del hablante, que de ellas se sirve, como de otros tantos recursos, para despertar en el oyente una disposición adecuada y acogedora de sus demandas y peticiones. El diminutivo adquiere, a veces, un carácter activo, es empleado por impulsos de una intención vitalista del hablante. El filólogo español no deja de reconocer, sin embargo, el mérito y valor de la interpretación de su colega, si bien la limita a aquellos casos, en que el temple no es una fina estrategia de que se echa mano para captar la voluntad del interlocutor, sino un "estar enamorado del lenguaje, estado de ánimo que lleva a acariciar a las palabras como si fueran personas." (31).

En su llamado valor activo, el diminutivo funciona estableciendo una corriente intencional, cuyo término se halla en el interlocutor. Es lanzado hacia él en procura de un eco favorable para la satisfacción de una necesidad vital del hablante. Es una forma de buscar la disposición acorde del interlocutor y de conquistarla. El individuo como ente social, como ser que vive en sociedad y que necesita de sus semejantes, se impone de un léxico, de una sintaxis y hasta de una entonación, entonación que

---

(30) Cf. Charles Bally: "El lenguaje y la vida", Ed. Losada, S. A., Bs. As., 1941, pág. 25.

(31) Ha menester recurrir a los siguientes versos de Guido Cavalcanti para ofrecer la peculiaridad de los mencionados diminutivos de frase:

In un boschetto trova'pasturella  
Piú che la stella bella al mi'parere.  
Cavelli avea biondetti e ricciutelli  
E gli occhi pien d'amor, cera rosata;  
Con sua verghetta pasturav 'agnelli, . . .

versos que revelan su estado de ánimo ante la escena riente y sensual de la vida pastoril.

va subrayando las palabras, para influir persuasiva, respetuosa o perentoriamente en el oyente. En este sentido, el hablante es el combatiente que se posesiona de una fina estrategia para imponer sus deseos, para lograr de la voluntad del oyente la resonancia adecuada a los fines prácticos a que quiere arribar (32). "...: la lengua aparecerá como un arma que cada interlocutor maneja con miras a la acción para imponer su pensamiento personal. La lengua de la conversación está regida por una retórica instintiva y práctica, y usa a su manera procedimientos que la elocuencia toma de ella prestados. En efecto, para enunciar las menores cosas hace falta que el pensamiento se convierta en acción y se imponga por el lenguaje." (33)

Para que este valor activo, práctico, pragmático del diminutivo resulte evidente y palmario tomemos un ejemplo que, por estar conectado a un hecho cotidiano, ofrece todas las características de lo absolutamente vivo y fácilmente intuible. ¿Cuál es la intención, la mención psicológica del vocablo **pasito** que el guarda de nuestro servicio de transporte emplea en sus acostumbrados requerimientos: "un pasito más atrás". Digamos, en primer lugar, que el sufijo no afecta la esfera emocional del hablante, pues cualesquiera sean sus estados emotivos siempre tendrá a mano su expresión, llamémosla profesional. Ni podemos asignarle el valor significativo, porque no supone una variación de empequeñecimiento del hecho concreto: "paso"; si así fuera la experiencia se encargaría de probarnos lo contrario. Siempre sospechamos, tras el recurso **pasito**, una aspiración de "paso grande". El guarda, constreñido por el deseo de cumplir eficazmente su trabajo, emplea **pasito** porque cree obtener con esa forma el consentimiento de su pedido. Se nos impone con su cortesía, y, en su afán de captar y retener persuasivamente nuestra voluntad, o sea de hacer suya la disposición ajena, echa mano de este

---

(32) AMADO ALONSO, "*Para la lingüística de nuestro diminutivo*", en *Humanidades*, Tomo XXI, La Plata.

(33) CHARLES BALLY, "*El lenguaje y la vida*", pág. 28 ss. ed. Losada, S. A.

recurso lexicográfico y de una entonación de especial valor significativo. (34).

Pero, en poesía, el lenguaje nos ofrece casi siempre otras dimensiones del alma. Por su índole peculiar, las composiciones poéticas muestran al artista, al creador de la poesía, ubicado en un plano, en que la palabra se despoja de aquel contenido activo, en tanto que aparece requerido por incitaciones de procedencia afectiva. Siendo la poesía sentimiento e imaginación o ideas hechas pura imagen, el análisis de sus elementos no se da por satisfecho con la interpretación práctica o activa de aquellos que, como el diminutivo, son los más característicos. Sólo aquellas composiciones que reflejan algún aspecto de nuestras relaciones de la vida diaria, pueden brindarnos la ocasión de una actitud volitiva. Sea el caso señalado por Hofmann y Alonso: Plauto, Poen. 417; **nunc obsecro te, Milphio**, y 421; **mi Milphidisce**. (35).

*Claudio Soria*

(Alumno de los Cursos de Especialización  
y Perfeccionamiento)

---

(34) Vendryes en la obra citada señala como formas que gramaticalmente pertenecen al lenguaje activo, el vocativo y el modo imperativo: "... gramaticalmente su dominio es el del imperativo en el verbo y el del vocativo en el nombre, que tienen cada uno en su categoría respectivas formas y empleos especiales." pág. 189.

(35) Seanos permitido ilustrar este valor activo con el siguiente ejemplo: En la Gitanilla de Cervantes leemos:

*Cabecita, cabecita*  
tente en tí, no te resbales,  
y apareja dos puntales  
de la paciencia bendita.

*Cabecita, cabecita* son los decisivos signos mágicos del ensalmo gitano. El poder de esta fórmula —acción y conquista—, tan supersticiosa como embustera, acredita para el diminutivo un valor activo, pues ¿qué intenta la Gitanilla con sus palabras y las seis cruces hechas sobre el corazón del paciente? No otra cosa que devolver a Andrés la lucidez mental. Quiere imponerse al mal nombrando el lugar en que se halla el centro de la anormalidad.